

EL BUFÓN SE ARRELLANA EN EL TRONO. VERDAD, POSVERDAD Y DEMOCRACIA (2021)

Sebastián García Marengo. Tambo de Papel Editores.

Alonso Rabí do Carmo

Universidad de Lima

En los últimos años la práctica periodística, diversas actividades mediáticas y la construcción de discursos políticos se han visto afectadas no solo por la cada vez más creciente difusión de noticias falsas o afirmaciones falaces y sin sustento, sino también por una de sus consecuencias más visibles: el advenimiento de la posverdad. El abierto desinterés por la verdad y la intención manipuladora caracterizan a los emisores de discursos públicos basados en la posverdad.

Sin embargo, no son los únicos actores en este escenario donde campea la desinformación en sus más variadas formas. Los individuos encuentran también una identificación con ideas, postulados y formulaciones que coinciden con su propio universo emocional, lo que les facilita esquivar cualquier tarea de verificación, cruce de datos o cuestionamiento de la información recibida, algo que los estudiosos llaman a secas el “sesgo de confirmación”.

Sebastián García Marengo, diplomático de carrera y escritor, ha calado finamente en el terreno de la posverdad, poniéndolo en el contexto de una de sus víctimas más visibles: la democracia. La posverdad puede provocar daños irreparables en el tejido de cualquier democracia, el “único sistema que garantiza que las personas accedan a información abierta, objetiva e independiente que les permita proteger su integridad e intereses, y plantear, de manera libre, demandas a las autoridades” (p. 13).

El daño surge de la posibilidad de establecer hechos alternativos, mundos paralelos en los que algunos medios, algunos políticos y personas, sean estas influyentes o no, no se preocupan mínimamente por emitir datos ciertos o comprobados rigurosamente, pues esa información tiene su origen en una dudosa premisa según la cual cada uno elige los hechos que más se acomodan a uno mismo o mejor calzan con su agenda ideológica, haciendo eco de que, parafraseando a Ferraris, “la verdad era una metáfora pasada de moda y que el medio era más importante que el mensaje” (p. 19).

El capítulo 1 lleva como título “¿Por qué la democracia necesita la verdad?”, donde se plantea la necesidad de contrarrestar el flujo de desinformación con mecanismos de verificación que puedan alertar a los ciudadanos ante la presencia de potenciales agentes de posverdad y desinformación. El hecho de que sean los propios medios y

algunas instituciones las que dispongan de recursos para este fin habla por sí solo de la urgencia de combatir estos hábitos informativos dañinos. La idea central de este capítulo no es que las democracias requieran de “la verdad como ideal trascendente, sino la existencia de un compromiso con la búsqueda de la verdad factual. Por tanto, no nos referimos a una verdad dictada o revelada por el poder, sino a un empeño semejante al del científico” (p. 26).

El capítulo 2 lleva el encabezado “El concepto posverdad y sus descontentos”, donde se aclara el origen y sentido del término *posverdad*, así como su estrecha vinculación, más allá del ámbito individual, con algunas maniobras de manipulación social y política. No debe olvidarse que los regímenes autoritarios se basan en estrategias que privilegian la mentira como herramienta de control y dominio. Contra quienes intentan restar importancia a la palabra, incluyendo a algunos notables intelectuales como Steven Pinker, García Marengo sugiere que denunciar la existencia de la posverdad no es un acto resignado, sino la afirmación de la creencia en los hechos para contrarrestarla.

El capítulo 3, titulado “Tridente posverdadero: desinformación, propaganda y populismo”, examina la manera en que el populismo en todas sus variantes saca provecho de la deformación de la verdad, no solo posicionando las emociones muy por encima de los hechos, sino construyendo, a partir de eso, el discurso político. Y si por desidia uno quisiera situar estas prácticas en el mundo en desarrollo, habría que decirle que la foto no está completa, que es en el mundo desarrollado donde estas maneras discursivas y estos pseudotratamientos informativos han tenido una preponderancia enorme. Baste para ello dos de los ejemplos analizados en este capítulo: el Brexit y las elecciones americanas que dieron como ganador a Donald Trump. En América Latina, Jair Bolsonaro se llevaría todas las palmas.

El capítulo 4, “Las fuentes de la posverdad”, intenta sintetizar el cúmulo de condiciones que convergen o se dan cita para favorecer la aparición de la posverdad. Narcisismo, hiperconsumo, banalidad, entretenimiento mediático elevado a la radicalidad más grosera, autosatisfacción, en fin, lo que Vargas Llosa llamó, discusión aparte, la “civilización del espectáculo”, tiene una parte crucial en el origen de la posverdad. A eso hay que sumar la entronización de la mentira como herramienta de hacer política. El advenimiento de la era digital, por cierto, supone también un dolor de cabeza, en la medida en que es poco probable filtrar los ríos de información y desinformación que inundan las redes sociales cada día. No es menos peligroso, señala el autor, que hayan surgido medios cuya tarea consiste esencialmente en decir a sus audiencias lo que estas desean escuchar, proyectando exponencialmente los códigos de la posverdad. “Las fuentes de la posverdad son múltiples. Su surgimiento se relaciona con el desprestigio del discurso político y el desencanto de los grandes relatos que motivó una reacción narcisista hacia el consumo y la exacerbación de la emocionalidad” (p. 96).

El volumen se cierra con un último capítulo (“La amenaza de lo ultrafalso para la democracia”) que de alguna manera retorna al capítulo inicial, poniendo sobre la mesa el hecho de que la posverdad y sus manifestaciones representan un constante peligro contra las democracias, un peligro alentado, la mayor parte de las veces, por sectores ultraconservadores o marcados por algún radicalismo ideológico. En este punto, la práctica del *deep fake* es uno de los riesgos más difíciles de sortear, dada su capacidad de viralización y su galopante falsedad. Como señala García Marengo, “en un contexto así, el ganador será quien fabrique la mejor mentira” (p. 106).

Las conclusiones ofrecen cuatro alternativas de combate a este caos informativo. La primera alternativa es la educación emocional y una agresiva cultura de verificación; la segunda, comenzar a emplear el derecho como arma para combatir la desinformación; la tercera, empoderar y estimular, de todas las formas posibles, las buenas prácticas periodísticas; y, finalmente, responder al empleo de tecnología para la creación de posverdad y hechos alternos con tecnología para la comprobación. Ardua tarea la que les espera a nuestras sociedades.